

CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN APOSTÓLICA¹

1. EL FIN PROPIO DE LA ORDEN.

Dos son las acciones que caracterizan la *“Caridad de la Verdad”*: la contemplación y la comunicación del fruto de la contemplación. En la Orden dominicana la contemplación no es, como en el monaquismo, sólo una perfección personal; ella fructifica en la acción apostólica. La *“Caridad de la Verdad”* es amor a Dios, Primera Verdad, y amor al prójimo, a quien se comunica la Verdad. Es hablar con Dios en la contemplación y hablar de Dios en el anuncio del mensaje evangélico: el *“hablar con Dios o de Dios”* de Santo Domingo. La *“Caridad de la Verdad”*, por este motivo, no es un amor abstracto: es un amor vivo que urge a la acción, que apremia a comunicar a los demás aquella verdad y vida divina que ha sido asimilada en la contemplación.

El fraile predicador, como Santo Domingo, asume *“el oficio del Verbo”*. Su ejemplar es el Verbo, el cual —como dice Santo Tomás— no es un verbo cualquiera sino el *“Verbo que inspira el Amor”*.² La contemplación dominicana no es solamente luz que resplandece, es luz que ilumina, que se difunde, porque también es amor. ***“Iluminar —escribe Santo Tomás— es mucho más perfecto que resplandecer solamente; asimismo es mejor comunicar a los demás los frutos de la contemplación que contemplar solamente.”***³

Santo Domingo, descubrió su propia vocación apostólica cuando, atravesando el Mediodía de Francia, entró en contacto con la herejía. *“En cuanto advirtió —escribe el Beato Jordán— que los habitantes de aquella región desde hacía tiempos vivían en la herejía, comenzó a sentir una gran compasión por tantas almas que vivían miserablemente engañadas por el error”*.⁴ Desde aquel momento Domingo consagró totalmente su propia vida al anuncio del mensaje evangélico.

¹ Extracto del libro: *El poroyecto de Santo Domingo*, de Fray Alfonso D’Amato OP.

² *S. theol.* I, q. 43, a. 5, ad. 2.

³ *S.theol.* II-II, q. 188, a. 6.

⁴ *Libellus*, n. 15.

Santo Domingo estaba animado por un gran celo apostólico. Sobre este punto son unánimes los testimonios de sus primeros compañeros. *“Él se afanaba con todas sus fuerzas por conquistar almas para Cristo —escribe el Beato Jordán— y sentía en su corazón una emulación casi increíble por la salvación de todos”*.⁵ Al Beato Jordán hace eco Fray Rodolfo de Faenza: *“Estaba siempre ansioso de la salvación de todas las almas, tanto de los cristianos como de los sarracenos... jamás se vio persona alguna que tuviese tanto celo por las almas como él”*.⁶ Fray Guillermo de Monferrato añade: *“Estaba lleno de amor solícito por la salvación del género humano más que cualquier otro hombre que jamás hubiera visto, si bien había conocido muchos religiosos”*.⁷ Aún más: *“Era muy asiduo en la predicación, celoso del bien de las almas, e invitaba a sus hermanos a hacer otro tanto”*;⁸ *“desbordaba de sentimientos de compasión por el prójimo, para quien deseaba ardientemente la salvación. Personalmente él predicaba muy a menudo”*;⁹ *“deseaba ardientemente la salvación de todas las almas, tanto de los creyentes como de los infieles. Y más de una vez me dijo que apenas hubiéramos organizado y dado consistencia a la Orden nos iríamos a tierras de los Cumanos para predicarles la fe en Cristo y conquistarlos para el Señor”*.¹⁰

El celo ardiente de Santo Domingo nace de su asiduo coloquio con Dios en la contemplación de los misterios divinos y del deseo de imitar a Cristo Salvador. Suplicaba al Señor que se dignara acrecentar en él la Caridad *“para velar y trabajar eficazmente por la salvación de los hombres, convencido como estaba de que sólo sería verdadero miembro de Cristo cuando se consagrara por entero a la salvación de las almas a semejanza de Jesús, nuestro Salvador, que se entregó totalmente para redimirnos”*.¹¹

⁵ *Libellus*, n. 34.

⁶ *Acta canon. B*, n. 32.

⁷ *Acta canon. B*, n. 12.

⁸ *Acta canon. B*, n. 18.

⁹ *Acta canon. B*, n. 26.

¹⁰ *Acta canon. B*, n. 43.

¹¹ *Libellus*, n. 13.

Fray Domingo, apóstol celoso, quería que sus hijos estuvieran continuamente dedicados a la oración y al ministerio de la predicación y que “de día y de noche, en casa y en el campo, en camino y en todas partes predicaran la palabra de Dios y no hablaran más que de Dios”.¹²

El proyecto de Santo Domingo aparece ya claramente esbozado en el decreto con el cual el obispo de Tolosa, Fulco de Marsella, en junio de 1215, instituye a Fray Domingo y a sus compañeros como “predicadores” en su propia diócesis. En este decreto, que es la primera aprobación canónica de la nueva Orden, se dice que Fray Domingo y sus compañeros tienen por tarea “*extirpar la herejía, combatir los vicios, enseñar la regla de la fe y educar a los hombres en las buenas costumbres*”. Para cumplir esta misión —continúa el decreto— “*ellos se proponen practicar la pobreza evangélica y predicar la verdad del Evangelio*”.

Naturalmente, al escribir esto, el obispo Fulco tenía presente la idea de Santo Domingo y la actividad que este desplegaba ya junto con sus compañeros. El decreto del obispo de Tolosa no hacía otra cosa que darle carácter oficial a una actividad puesta ya en práctica por iniciativa personal de Domingo: extirpar la herejía y formar hombres en la virtud con la predicación y el ejemplo de una vida evangélica.

Desde un comienzo a Domingo le decían “*el ministro de la predicación*”. Fue el obispo Fulco quien por primera vez lo llamó “*el maestro de los predicadores*”. En la primera expresión se manifiesta la actividad propia de Santo Domingo: él es el ministro, esto es, el servidor de la palabra de Dios. En la segunda, “*maestro de los predicadores*”, se expresa ya la relación con sus compañeros: Santo Domingo aparece señalado como el maestro, el guía y el organizador de los predicadores.

El Papa Honorio III, en la primera carta dirigida a Domingo de Guzmán y a sus compañeros (21 de junio de 1217), inmediatamente después de la aprobación de la Orden, pone claramente en evidencia el carácter específico de su actividad. “*Estos hermanos — dice— son los invencibles combatientes por Cristo, armados con el escudo de la fe y con la*

¹² *Constit. Antiq.*, II, c. 31.

espada de la palabra de Dios". El Pontífice los exhorta a dedicarse totalmente a la difusión de la Palabra Divina "*enseñando oportuna e importunamente y cumpliendo encomiablemente la obra de evangelistas*".¹³ El mismo Pontífice en otra carta (11 de febrero de 1218) llama por primera vez a la nueva orden la "*Orden de los Predicadores*".¹⁴ El nombre pone de manifiesto el fin propio de la Orden. El Beato Humberto dice expresamente que la Orden ha tomado el nombre de su propio fin: "*La predicación — escribe— es el fin propio de la Orden de los Predicadores*".¹⁵

En las primeras Constituciones se lee que "*la Orden, desde sus primeros días, fue instituida específicamente para la predicación y salvación de las almas*". El Beato Humberto explica que los dos fines se diferencian en esto: el primero es el fin específico de la Orden; el segundo es el fin común. El primero está ordenado al segundo.¹⁶

El fin propio de la Orden viene a ser, de esta manera, como el calificativo de la actividad apostólica de Santo Domingo y sus compañeros, a quienes Honorio III define (4 de febrero de 1221) como "*totalmente dedicados a la evangelización de la palabra de Dios*".¹⁷ Gregorio IX, unos años más tarde, (2 de octubre de 1231) reafirma que los dominicos están "*especialmente dedicados*" al ministerio de la predicación.¹⁸

La "predicación" dominicana se ha de entender, naturalmente, en sentido genérico. No significa solamente predicar, sino también enseñar y en general defender y difundir la verdad de la fe con la palabra y con las obras. **El apostolado dominicano es multiforme: apostolado de la palabra y de la pluma, del pulpito y de los encuentros personales; apostolado entre los doctos y entre los ignorantes; apostolado científico y**

¹³ *Mon. Dip.*, n. 79

¹⁴ *Mon. Dip.*, n. 86.

¹⁵ *De vita reg. cit.*, II, pp. 38-39.

¹⁶ *De vita reg.* II, 39.

¹⁷ *Mon. Dip.*, n. 145.

¹⁸ *Bullarium OP*, Vol I, Romae. 1729. cit., 1, p. 36.

popular. “*Enseñamos a sabios e ignorantes —escribe el Beato Humberto—, a clérigos y laicos, a nobles y plebeyos, a pequeños y grandes*”.¹⁹

El apostolado dominicano es variado en sus formas. **Lo que no debe faltar nunca, para que sea verdaderamente dominicano, es la impronta propia: el culto a la Verdad, intensamente contemplada y fielmente vivida y anunciada.** Todos pueden ejercer un auténtico ministerio dominicano con tal que lo hagan como dóciles discípulos de la Verdad. La sabiduría no es privilegio de los doctos, sino de los santos. La hermana dominica que enseña catecismo a los niños es una hermana predicadora.

2. LA VIDA APOSTÓLICA.

¿Cuál es la relación existente entre la contemplación y la actividad apostólica del dominico? ¿Qué es lo que debe prevalecer en la vida apostólica? ¿Es necesario sacrificar la contemplación a la acción o, al contrario, sacrificar esta a aquella? **¿La contemplación viene a ser un medio subordinado al fin, más precisamente a la acción apostólica?** Mucho se ha discutido en torno a estas cuestiones. Ahora es el momento de precisar algunos puntos.

La contemplación —decíamos antes— no es un medio con relación a la acción apostólica, es su propia fuente. Para Santo Tomás, —a quien podríamos considerar como el intérprete más genuino del pensamiento de Santo Domingo— la vida apostólica no se contrapone a la contemplación sino que es una fusión de contemplación y acción. En la vida dominicana el dualismo de acción y contemplación se ha superado no sólo en los efectos sino en la misma estructura de la unidad de la vida apostólica, donde la acción fluye de la contemplación. **La vida apostólica del dominico es contemplación que fructifica en acción, es acción que brota de la plenitud de la contemplación.**

Santo Tomás distingue tres fases en el acto contemplativo: la primera, aquella del amor que incita a contemplar, a sumergirse en Dios; la segunda, la contemplación, como “*simple intuición de la verdad*”; la tercera, la necesidad de dar a conocer a los demás aquello

¹⁹ *Littera Encyclicae*. cit., p. 53.

que ha sido contemplado.²⁰ **La plenitud de la contemplación** consiste propiamente en su desbordamiento; no es un simple acto de la inteligencia, ni el culmen de un conocimiento científico, como máximo conocimiento posible acá en la tierra; es un acto de la voluntad, un acto al que sigue el conocimiento intuitivo; **es la necesidad de hacer conocer y amar a los demás la verdad contemplada. El amor, que es el primer motor de la contemplación, es también su coronamiento. “Porque del amor de las realidades divinas brota la manifestación de las mismas”.**²¹

El celo apostólico es como una consecuencia necesaria de la contemplación. Brota del conocimiento vital del Dios hecho hombre y de la contemplación del plan divino de la salvación universal.

El culmen de la vida apostólica se halla propiamente en el momento de la comunión con Dios, cuando, en contacto con la divinidad, en el conocimiento experiencial de Dios, el apóstol aparece radiante de luz y de amor, haciéndose capaz de hablar de Dios y en nombre de Dios; llega a ser, como dice Beato Humberto, “*la boca de Dios*”.²²

En consecuencia, la vida dominicana, el proyecto de Santo Domingo, consiste en el anuncio del mensaje evangélico, en cuanto desbordamiento de la contemplación; en otras palabras, es la contemplación que de su plenitud desborda para la salvación de los hombres. Para el dominico la contemplación es algo notablemente dinámica, algo así como una fuerza que empuja. Dante diría “*la profunda veta*” que “*apremia*”;²³ es la Caridad de Cristo que urge (2 Co 5, 14); es la “*Caridad de la Verdad*”, desbordante por naturaleza.

La contemplación en la vida del dominico no es un acto, sino un sistema de vida; no es sólo preparación para el apostolado, como generalmente se piensa, sino que es el agua viva que nutre continuamente la acción apostólica. La vida del apóstol es una oración

²⁰ S. Theol. II-II, q. 180, a. 7, ad. 1.

²¹ S. THOMAE AQ., *De Veritate*, ed. Leonina XXII, Roma, 1970-1974, q. 26, a. 3, ad. 18.

²² *De vita reg.*, II, p. 385.

²³ Divina comedia, Paradiso XII, 99.

continua. Realiza aquel orar “*incesantemente*” querido por Pablo (1 Tes 5, 17; cf. Rm 12, 12).

Cuando se dice que Santo Domingo dedicaba el día al prójimo y la noche a Dios, o que no hablaba sino con Dios o de Dios, no hay que pensar en una distribución de su tiempo o en una simple división de sus obligaciones, ya que cuando estaba con sus hermanos también su mente estaba dirigida hacia Dios, y cuando entraba en contacto con Dios en la oración, su corazón estaba con sus hermanos, para quienes suplicaba la misericordia del Señor. Sea que ore o contemple, sea que predique o se acerque a sus hermanos, es Dios quien siempre ocupa el primer lugar. La razón de ser de su contemplación y de su acción es Dios. La acción es guiada siempre por la luz de la contemplación.²⁴

Así como Cristo estaba siempre atento a la voluntad del Padre y aun estando con los hombres nunca dejó de estar con el Padre, así el dominico está constantemente en comunión con Dios. En el silencio, en la meditación, en la contemplación, el Padre le sugiere el modo más conveniente para llegar al corazón de los hermanos e indicarles el camino de la salvación. El apóstol del Evangelio debe poder decir con el Maestro: “*Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado*” (Jn 7, 16). “*Yo os digo aquello que he visto junto a mi Padre*” (Jn 8, 38). “*Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar... Por eso las palabras que yo hablo, las hablo como el Padre me lo ha dicho a mí*” (Jn 12, 49-50). 17

3. ¿ORDEN MIXTA O CONTEMPLATIVA?

La Orden dominicana ¿es una Orden activa o contemplativa? Son muchos los que han dicho que se trata de una Orden de naturaleza mixta, una Orden contemplativa-activa, porque la contemplación desemboca en la acción apostólica. **Pero para Santo Tomás la vida religiosa es o activa o contemplativa; no existe una vía intermedia.**²⁵

²⁴ *S. Theol.*, II-II, q. 45, a. 3.

²⁵ *S. theol.*, II-II, q. 179, a. 2.

La contemplación y la acción apostólica en la vida del dominico —lo hemos dicho ya— no son dos actos sucesivos, sino simultáneos. El apostolado dominicano no es vida activa en contraposición a la contemplación, ni tampoco una yuxtaposición de contemplación y acción, sino un acto contemplativo-activo, en el cual, no obstante, predomina la contemplación. La contemplación es a la acción apostólica lo que el alma es al cuerpo. El objeto de la predicación es siempre lo “*contemplado*”, que no cesa de ser contemplado en el momento en que es comunicado a los demás. La palabra, los gestos, la acción propiamente dicha, no son más que signos que permiten poner de manifiesto lo contemplado. De ahí se deduce que la predicación es esencialmente contemplación; no es otra cosa que la contemplación que se desborda, que sobreabunda en acción.²⁶

De la contemplación se pasa a la acción, del amor de Dios se pasa al amor a los hermanos, del coloquio con Dios al coloquio sobre Dios, sin solución de continuidad y sin perder nada. El paso de la vida contemplativa a la vida activa —dice Santo Tomás— sucede “*no en forma de substracción sino en forma de adición*”.²⁷ El amor a Dios no disminuye por el hecho de expandirse en el amor a los hermanos. Siempre es Dios a quien se ama en los hermanos.

La acción apostólica del dominico no interrumpe la contemplación, sino que viene a ser su prolongación. Así como el fruto permanece vivo mientras no se desprenda del árbol, así también la acción apostólica es viva y vital, capaz de transmitir vida, con la condición de que no se desprenda de su fuente que es la contemplación.

Para el dominico la contemplación tiene que ser el principio y el objetivo de su vida; no tanto un acto, sino un sistema de vida; es el 'estado' propio de su vida.

El dominico es siempre un contemplativo. Incluso en el momento de la acción, cuando está en medio de la gente, cuando conversa, cuando discute y da testimonio del

²⁶ *S. theol.*, II-II, qq. 179-181.

²⁷ *S. theol.*, II-II, q. 182, a. 1, ad. 3.

Evangelio con la palabra y la vida, el dominico está sobre todo con Dios. Su corazón está en Dios.

El contacto con la gente es un momento muy importante y delicado para el apóstol. Es el momento de la siembra, el momento en el cual él transmite la verdad, el momento en el cual trasplanta la vida divina que sobreabunda en él. Es el punto de llegada de un fatigoso itinerario; el acto final de una tarea que le ha exigido todas sus energías. Es el momento en el cual el apóstol da el fruto —bajo este aspecto se puede considerar el momento de la cosecha— fatigosa y amorosamente madurado en su espíritu, en su vida de sacrificio, de dedicación y fidelidad a la gracia. En este momento, de manera particular, el apóstol debe vivir en comunión con Dios, cuya gracia se hace indispensable para poder fecundar la simiente que acaba de arrojar en el corazón de los hermanos.

4. APOSTOLADO Y VIDA.

La acción apostólica del dominico gira siempre sobre dos elementos: la enseñanza de la verdad y el testimonio de la vida evangélica. Santo Domingo antes que ser maestro de la palabra es maestro de vida. Para él el estudio de la Sagrada Escritura no se reduce a una verdad abstracta, sino que se traduce en obrar el bien. Inmediatamente siente la necesidad de transformar en vida la luz de la verdad que ha conquistado en el estudio, en la meditación y en la contemplación de los misterios de Dios. *“Durante los estudios —escribe el Beato Jordán— bebía con tanta asiduidad y avidez en los arroyuelos de la Sagrada Escritura... Y las cosas que aprendía con tanta facilidad... las irrigaba con sentimientos de piedad, haciéndolas germinar en frutos de buenas obras”.*²⁸

A la época de estadía en Palencia se remonta el episodio de la venta de sus propios libros y de *“todos sus enseres”*, durante una angustiosa penuria con miras a *“aliviar la miseria de aquellos que morían de hambre”*. Fue en aquella ocasión cuando dijo que *“no*

²⁸ *Libellus*, n. 7.

quería estudiar sobre pieles muertas mientras hubiera hombres muriendo de hambre".²⁹ A la misma época de sus estudios se remonta también aquel gesto de caridad, recordado por sus primeros biógrafos, cuando se ofreció en venta para rescatar a un joven prisionero de los sarracenos.³⁰

Para la Iglesia Domingo es, ante todo, un hombre apostólico, aquel que ha "iluminado" al pueblo de Dios "con sus méritos y doctrina" (Liturgia de la fiesta del Santo), esto es, con el testimonio de su vida y la sabiduría de su palabra. Domingo fue realmente varón evangélico, testigo auténtico del mensaje de Cristo, a quien anunció primero con su vida y luego con su palabra.

El testimonio de una vida totalmente conforme al mensaje evangélico es para el dominico una consecuencia inmediata de su vida de contemplación, y condición absoluta de la fecundidad de su acción apostólica. El apóstol de la verdad divina se debe a la verdad total; la verdad de la inteligencia y la verdad de la vida; la verdad que es humildad, coherencia, veracidad, simplicidad, lealtad, sinceridad y franqueza.

Una vida en conformidad con el mensaje de Cristo es ante todo una consecuencia de la vida contemplativa. El don de la sabiduría es la guía de la vida. "La sabiduría — dice Santo Tomás— dirige los actos humanos conforme a las leyes divinas",³¹ lo cual consiste en dejar pasar a la práctica de la vida diaria la luz de la verdad contemplada. Quien vive en íntimo contacto con Dios, quien contempla el amor y la santidad de Dios, no puede dejar de regular con la caridad todos sus propios actos. El amor y la amistad con Dios, surgida de la contemplación, llevan a la imitación de Dios, a tener los mismos sentimientos de Cristo, a observar sus mandatos, a imitar en lo posible su actitud con relación al Padre y a los hermanos. "Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él" (1 Jn 2, 4).

²⁹ *Libellus*, n. 10; *Acta canoniz.*, B, n. 35.

³⁰ P. FERRANDI, *Legenda S. Dominici*. MOPH, XVI, n. 21.

³¹ *S. theol.*, II-II, q. 45, a. 3.

El testimonio de una vida evangélica es condición indispensable para que la acción apostólica no sea estéril, sino que produzca frutos de vida eterna. **La palabra de Dios no es una verdad cualquiera, ni un pensamiento abstracto; a diferencia de la palabra humana, es también vida, está ordenada a la salvación, a acrecentar la fe de los creyentes y a preparar el ánimo de los que no creen en la acción de la gracia.** La verdad que salva no puede conquistar a los demás si antes no ha conquistado al predicador. La verdad que se estanca en la inteligencia y no se convierte en vida, no puede ser luz y vida para los demás.

El apóstol no es un actor que recita una parte. Su palabra está dirigida a conquistar el corazón y no solo la inteligencia. En el ministerio apostólico no bastan las palabras. Estas pueden llegar a los oídos, pero es la gracia la que llega al corazón, ilumina la inteligencia y mueve la voluntad. Y la gracia es un don de Dios. Es Dios quien salva. El apóstol es sólo un instrumento del encuentro misterioso del alma con Dios. Las palabras jamás podrán sustituir la eficacia del Verbo Eterno. Por eso el apóstol deberá siempre hablar de la abundancia del corazón; antes que llevar la verdad en sus labios, la deberá llevar en el corazón y en su vida. *“El Espíritu Santo —dice Santo Tomás— que no falla en aquello que sea de utilidad para la Iglesia, también da a los miembros de la Iglesia el don de la palabra, no sólo para que alguien hable de tal modo que sea entendido por muchos, lo cual pertenece al “don de lenguas”, sino también para que hable con eficacia, lo cual pertenece al “don de la palabra”. Y esto de tres modos: Primero para iluminar la inteligencia... segundo para mover el corazón afín de que escuche con gusto la palabra de Dios... y tercero para que ame lo que las palabras expresan y quiera cumplirlo. Para realizarlo el Espíritu Santo se vale de la lengua del hombre como de un instrumento; pero es el Espíritu Santo mismo el que lleva a su perfeccionamiento la obra interior”.*³² *“Para el predicador —escribe el Beato Humberto— es mejor inflamar que instruir, pero para inflamar es necesario estar*

³² *S. theol.*, II-II, q. 177, a. 1.

ardiendo".³³ La gracia de la predicación —continúa el mismo autor— es un don de Dios. El Espíritu Santo es el único maestro en el arte de predicar. Por lo cual, la principal preocupación del predicador ha de ser la de estar disponible a la acción del Espíritu Santo de manera que llegue a ser realmente *"la boca del Señor"*.³⁴

El apóstol debe estar constantemente unido a Cristo como el sarmiento a la vid, de otra manera su acción será estéril (Jn 15, 5). **La eficacia de la palabra del apóstol no depende de la elocuencia, ni de la sabiduría humana, sino de la fuerza del Espíritu que obra en él. "Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría humana, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder de Dios, para que vuestra fe se apoyara, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1 Cor 2, 4-5). Una fe basada en la sabiduría humana es como una construcción sin fundamento, como una casa construida sobre arena: basta un poco de viento y de lluvia para que todo se vaya al suelo.**

El testimonio de una vida evangélica es para el apóstol un deber de coherencia, de correspondencia entre la doctrina que enseña y la práctica de la vida diaria. Su palabra suena hueca si no está ratificada por la verdad de la vida. La eficacia de su palabra y de su acción tendrá la misma medida de la verdad de la vida. *"El apóstol — escribe el Beato Humberto— debe predicar no sólo con la palabra, sino con las obras"*.³⁵ Por esta razón advierte San Gregorio Magno: *"El que pretenda predicar la palabra de Dios, que primero examine atentamente su propia vida"*.³⁶ *"Procurad adelantaros a los demás —exhorta el Beato Juan Teutónico— y difundid los rayos del buen ejemplo, que vuestras obras sean coherentes con la palabra y que cada uno se empeñe en trabajar y enseñar. En realidad, es más eficaz "la voz" de las obras que la voz de la boca... Permanece sin fruto la obra de aquel que tan solo ha aprendido a mover la lengua"*.³⁷ Aquello de

³³ *De vita reg.*, I, p. 37.

³⁴ *De vita regulari*, II, pp. 385, 393-394.

³⁵ *De vita reguñari*, II, p. 400.

³⁶ S. GREGORIO MAGNO. *Regula pastoralis* 3, 24.

³⁷ *Litterae Encyclicae*, cit., pp. 8-9.

empeñarse en “trabajar y enseñar” alude al “comenzó a obrar y a enseñar”, del divino Maestro. *“Estad vigilantes —añade aún el Beato Juan Teutónico— vosotros que invitáis a la vigilancia; sed luminosos por la pureza y la santidad de vida, vosotros invitáis a la santidad; sed concordes en la fraternidad y conformes en todo a Cristo humilde y obediente, vosotros que queréis convencer a los demás de ser humildes y obedientes, a fin de que honréis con actos adecuados el sublime oficio de vuestra vocación”*.³⁸

La perfecta correspondencia entre las palabras y la vida de los primeros frailes dominicos fue expresamente subrayada por los Pontífices. Los dominicos —dicen varios documentos pontificios del siglo XIII— enseñan con la palabra y con el ejemplo: *“igualmente con la palabra y el ejemplo”*. *“Los frailes predicadores —escribía Gregorio IX el 13 de junio de 1240— son poderosos con obras y con la palabra. Entre ellos la vida vivifica la doctrina y la doctrina informa la vida; se lee en su conducta aquello que enseñan en sus discursos”*.³⁹ *“Vuestra Orden —escribía Alejandro IV el 21 de junio de 1255— es una generosa plantación que produce flores y frutos de profunda religión y santidad. Ella difunde desde lejos y por todas partes el perfume de una vida digna de alabanza”*.⁴⁰

EL LUGAR DE LA LITURGIA EN LA ESPIRITUALIDAD DOMINICANA⁴¹

En el siglo XIII había aun en la Iglesia occidental una gran diversidad en la liturgia. Cada iglesia particular tenía, si no su liturgia, sí al menos sus ritos y costumbres propias, El Papa había dejado a los obispos y a los superiores religiosos una amplia libertad. Y había obispos que no se quedaban cortos en añadir y quitar en la liturgia de su iglesia.

Nacida a comienzos del siglo XIII, la Orden de santo Domingo sufrió a causa de ésta variedad que en su seno resultaba confusión. Cada religioso traía la liturgia de su

³⁸ *Litterae Encyclicae*, cit., p. 11.

³⁹ *Bullarium OP*, I, p. 269.

⁴⁰ *Bullarium OP*, I, p. 269.

⁴¹ I M.-V. BERNADOT, *La place de la liturgie dans la spiritualité dominicaine*, en la obra en colaboración (extracto de la Vie Spirituelle) *La spiritualité dominicaine*, DU CERF, s/f, pp. 104-121.

país natal, de modo que se daba tal disparidad entre los religiosos y los conventos cuando se hacían reuniones generales, que se ponía en peligro la dignidad del culto divino. Desde muy temprano preocupó este asunto, y los capítulos generales decidieron terminar con este inconveniente, y para ello uniformaron la liturgia; en todos los conventos de la Orden se iba a celebrar la misa y el oficio de manera idéntica. **Tras numerosos ensayos, se adoptaron en 1254 los libros litúrgicos preparados por el venerable Humberto de Romans y se los impuso a continuación a todos los conventos.** Trece años después, el 7 de julio de 1267, Clemente IV aprobaba de modo solemne y tomaba bajo la protección de la Sede apostólica la obra litúrgica del Maestro Humberto. Así fue cómo la Orden de santo Domingo se vio en la precisión de darse a sí misma una liturgia que ha conservado desde entonces.

Pero no habría que exagerar la originalidad de esta obra. El venerable Humberto jamás pretendió inventar una liturgia. Se contentó con elegir, recoger, modificar a veces, sobre todo con unificar las ceremonias, oraciones, textos y cantos en uso en su ambiente. La liturgia dominicana es esencialmente una liturgia romana². Si insistiéramos a pesar de todo en discernir en ella algo especial, diríamos que reviste en sus ceremonias un carácter de solemnidad austera impreso por un conjunto de observancias antiguas y un canto sobrio, y que ha marcado sus oraciones y textos de un cierto sello teológico que no extrañará que se dé en una Orden consagrada al estudio y a la enseñanza de la doctrina sagrada.

Sin embargo, no es en eso en lo que queremos insistir, sino en el lugar que ocupa la liturgia en la formación dominicana. Este lugar es muy importante, capital. Al fundar una Orden canonical (como lo declara Honorio III el 22 de diciembre de 1216 en la bula misma de fundación), santo Domingo no podía menos de pedir a sus hijos lo que él llama en las Constituciones la Recitación solemne del oficio divino, y adoptar el oficio canonical con sus ritos y ceremonial tradicional. **La liturgia debía estar a la base de la vida conventual y de la formación religiosa.**

De hecho, es la liturgia la que regula la vida cotidiana del fraile predicador. Estudios, recreación, el mismo reposo se ubican en los límites que prefija la distribución

de los oficios divinos... Varias veces al día se ven congregados por el horario a los pies del altar; oficio de lecturas, laudes, tercia, sexta, nona, vísperas les reintroducen una y otra vez en el fervor y les impiden olvidarse de Dios. Finalmente, cuando llega el momento del descanso, las completas cierran la oración litúrgica del día... La oración litúrgica es la trama de la vida dominicana.

Y esto ¿por qué? Es que la liturgia, en palabras de Dom Festugière, es el “método auténticamente instituido por la Iglesia para asemejar las almas a Jesús”.

Hay métodos de espiritualidad que atraen más la atención del cristiano sobre su propia miseria, sus paciones, sus defectos, sus pecados, sobre la vanidad o la bajeza de la vida presente. Y, por supuesto, esa, consideración es indudablemente útil e incluso necesaria. Hay momentos en que todo cristiano deberá frecuentar esos parajes. Sin embargo, los maestros de la espiritualidad dominicana no creen que haya que estar siempre haciendo esa visita, y que hay una consideración mucho más simple y en todo caso más eficaz: la consideración habitual de Jesús, y en él de la Trinidad. Dado que el bautismo tiene como meta incorporarnos a Cristo y que la profesión religiosa pretende llevar la fuerza del bautismo a su mayor potencia, ¿no es mucho más simple y —si se puede hablar así— más directo el ocuparse de entrada en la consideración de Cristo en sus misterios, lo que él es, lo que dice y lo que hace, extrayendo de todo ello la gracia que allí brota? Por eso se le pide al alma dominicana que viva de la liturgia, pues ésta es como el prolongamiento de los misterios de Cristo.

Porque, en efecto, empequeñecen de modo extraño el culto divino e incluso la vida de la Iglesia quienes no ven en las fiestas litúrgicas sino aniversarios o el recuerdo de acontecimientos ocurridos hace tiempo para nuestra salvación. Son mucho más que esto. Nada tan actual como la liturgia. Sus fiestas son una renovación, un recomienzo. Los misterios de Cristo, siempre presentes, siempre activos, actúan hoy en las almas, santifican, divinizan. Cristo siempre está vivo. “Cristo ayer y hoy y el mismo por los siglos”, dice san Pablo (Hbr 13, 8). **La liturgia manifiesta y comunica esta triple existencia de Cristo en el seno del Padre, en su vida mortal entre los hombres y en la Iglesia hasta el fin del**

mundo, Jesús está ahí, delante nuestro, prosiguiendo su vida, renovando sus misterios para que nosotros participemos en ellos.

Consideración capital ésta en el tema que nos ocupa: los misterios de Cristo son reproducidos no tan sólo para proporcionarnos oportunidad de dar a Dios un culto de alabanza y de agradecimiento, sino a fin de que la gracia del misterio renovado venga a nosotros y podamos así participar en un estado especial de la santa Humanidad. “Lo que sabemos ocurrido una vez en una realidad divina, dice san Agustín, eso mismo lo renueva frecuentemente la liturgia en las almas piadosas”.⁴²

Encontramos de nuevo ahí la profunda enseñanza de san Pablo sobre el cuerpo místico de Cristo. Para quien comprende esta doctrina resulta evidente que uno de los principios esenciales de la ascesis cristiana consiste en que los estados y las acciones del Verbo encarnado deben reproducirse en nosotros. “Todo cuanto ha ocurrido sobre la cruz, vuelve a decir san Agustín, en la tumba, cuando resucitó, cuando subió a los cielos y se sentó en el trono a la derecha de Dios Padre, todo eso constituye el «tipo» de la vida cristiana que nosotros debemos llevar” (Enchir., c. 53). “Sabe bien, hija mía —decía el Padre eterno a santa Catalina de Siena—, todos los misterios, todas las acciones realizadas en ese mundo por mi Verdad con mis discípulos o sin ellos, eran representativas de lo que pasa en el alma de mis servidores” (Diálogo, CXLVI). **Ser santo consiste en llegar a ser por la gracia lo que Jesús es por naturaleza, reproducir en nosotros, que somos sus miembros, la vida que él ha llevado en su humanidad personal. El mismo nos ha advertido que perseguía esa finalidad, al decir a la misma querida santa: “Tomando vuestra naturaleza, me he hecho semejante a vosotros. En consecuencia, no paro ya de trabajar para haceros a vosotros semejantes a mí, tanto cuanto sois capaces de ello, y me esfuerzo en renovar en vuestras almas, mientras van camino del cielo, cuanto ocurrió en mi cuerpo” (Legend. B. Raym., p. I, c.II).**

⁴² Sermón 220 en la vigilia de Pascua.

Ahora bien, ¿dónde se realiza este divino “trabajo” de asemejamiento? Ante todo en la celebración de la liturgia, cuyo centro es la Misa. En el coro, el religioso está incesantemente frente a Jesús. De una punta a otra del año la Iglesia despliega ante sus ojos el ciclo completo de los misterios divinos; diariamente asiste a la manifestación renovada de la santa Humanidad y de la divinidad, que ofrece amplia y magnífica materia para la contemplación; diariamente va teniendo una más estrecha participación en los sentimientos particulares, en las disposiciones interiores que animaban a Jesús en cada uno de sus actos; diariamente se le ofrece una fuente nueva de gracia, la gracia merecida por Jesús cuando realizó el misterio por primera vez. Si sigue con inteligencia y amor las ceremonias sagradas, el religioso no cesará de adelantar en su transformación sobrenatural que es la meta de su vocación, pues Jesús estará siempre ante él como el modelo a imitar, como la divina «copia», forma de nuestra predestinación de que habla san Pablo (Rm 8,20); mejor aún, Jesús no dejará de venir a él como primer autor de su propia imagen, tal como dijera en las palabras anteriormente citadas a santa Catalina de Siena. En Adviento vendrá sobre todo a comunicar las gracias de su vida interior; en Navidad, una gracia de renovación, un nuevo nacimiento que hará participar más en su filiación divina; en Cuaresma nos hará “morir al pecado”, “nos crucificará con él”, “nos sepultará con él” (Rm 6, 4), para hacernos luego “resucitar con él” (Ef 2, 6), “andar en una vida renovada”, libre y completamente espiritual, y por fin “sentarnos con él en los cielos” (Ef 2,6). Mientras tanto Jesús se manifestará en sus miembros (los santos que lo prolongan a través de los siglos), hasta el punto de que así resultará el “Cristo total” (para servirnos de un término de san Agustín, De unitate Eccl., IV), el manifestado y donado en una especie de comunión perpetua en todos sus misterios, en sus disposiciones interiores, en sus sentimientos, en toda su gracia, tanto en su persona misma como en sus miembros.

Ahora se comprende por qué santo Domingo ha privilegiado tanto la liturgia en la vida de sus hijos. Por supuesto que está la razón de que ella constituye la alabanza divina por excelencia y de que nos permite cumplir nuestro primer deber que es la glorificación de Dios; pero está también la motivación de que la liturgia conduce al religioso a la perfección de su estado, al ser la vía más simple y más segura para asemejarse a Jesucristo.

Pero se preguntará: ¿qué relaciones se dan en la vida dominicana entre la liturgia, por un lado, y el estudio y el apostolado, cuya importancia es tan grave, por otra? No son raras las congregaciones religiosas que han sacrificado la celebración solemne de la liturgia precisamente con la mira puesta en obtener mayor libertad para su ministerio. ¿Se opondrían, pues, vida litúrgica y ministerio? Estamos lejos de pensar así, y ello por las siguientes razones.

Ante todo, notemos que la liturgia no aparta al religioso del objeto esencial de su estudio. ¿Qué es lo que debe estudiar el fraile predicador? Principalmente la ciencia sagrada, la teología, la Biblia, ¿Y qué se encuentra en la liturgia sino el depósito de la doctrina católica condensada en las oraciones, en los trozos de la Escritura y los textos de los Padres? Se trata del dogma vivo, que habla tanto al corazón como a la inteligencia.

Esto nos hace comprender lo atinados que estuvieron nuestros mayores cuando distribuyeron el oficio divino de modo que envolvía los trabajos del religioso. Al haberse embotado hoy el sentido litúrgico, se estaría tentado de ver en esta distribución un obstáculo para el trabajo intelectual y de agrupar varias partes del oficio en su recitación, sacando así largas horas de estudio sin interrupciones y creyendo que así resulta más útil dicho estudio. Eso sería abandonar el espíritu primitivo y cambiar las antiguas costumbres. Nuestros padres seguían las costumbres apostólicas y recitaban cada una de las horas en los diversos momentos del día y de la noche. Tenían una noción más clara que nosotros sobre la estrecha relación entre la oración y el estudio. Cuando cortaban regularmente el estudio para orar, no creían que lo estaban sacrificando. El retorno frecuente al coro impide que el estudio se convierta en un simple trabajo intelectual, una especulación abstracta y fría; mantiene el contacto íntimo con Dios y guarda al religioso en espíritu de contemplación. ¿Puede dudarse de que el peligro de intelectualismo amenaza a todo aquél que se dedica por profesión a estudiar, a criticar, a enseñar? ¿Qué erudito dejará de reconocer que muy a menudo la curiosidad del espíritu impide el fervor del corazón? ¿Qué teólogo se atrevería a negar que no siempre la aspiración de su oración está a la altura de su ciencia? ¿Habría quimera mayor, por desgracia, que el teólogo que conoce a Dios más de lo que lo ama, el doctor en ciencia sagrada ardiente en su rechazo de la herejía y flojo en el servicio del Señor?

No hay nada que hacer: el intelectualismo amenaza con desecar el corazón y enfriar y esterilizar la oración. Y ¿cuál podría ser la utilidad, desde el punto de vista sobrenatural y desde el punto de vista apostólico, de un estudio que no vivificara la Caridad?

Ahora bien, la liturgia establece de nuevo el equilibrio entre la vida intelectual y la vida afectiva. Lejos de impedir el estudio, el oficio lo sostiene, le sirve de complemento, lo acaba al fecundarlo, pues la verdad que el religioso buscaba en los libros la vuelve a encontrar en las fórmulas litúrgicas, y no ya abstracta sino viva, recubierta de amor, más sugestiva, más penetrante; en esas permanencias junto al altar, el alma asimila el fruto de su trabajo, la verdad descende de la cabeza al corazón, donde se caldea y suscita las resoluciones que gobiernan la vida. Gracias a la liturgia, la teología se convierte en una ciencia penetrada de alta contemplación.

“Muchas veces, decía a sus frailes san Vicente Ferrer, cuando está estudiando, debe apartar los ojos del libro por algún espacio, y cerrados, esconderse en las preciosas llagas de Cristo nuestro bien, y después volverlos otra vez al libro. Y cuando de estudiar se levantara, puesto de rodillas delante de nuestro Señor, haga alguna breve y muy fervorosa oración. Y lo propio cuando entrare en la celda o en la iglesia, anduviere por el claustro o capítulo. Esto hará, según el ímpetu de espíritu que le moviere y la devoción le incitare. Y algunas veces haga esto teniendo oración de propósito, entera o breve, con algún suspiro o gemido salido del corazón. Pidiendo el auxilio y favor divinos, presentando al Altísimo sus santos propósitos y buenos deseos, tomando por mediadores a los santos... Así que, después de un rato de oración, volverás al estudio otra vez, y así andarás de lo uno a lo otro trocando y variando. Porque con semejantes trueques hallarás en la oración mayor devoción, y con más facilidad y claridad entenderás lo que estudiaras” (Tratado de la vida espiritual, cap. 11).

Así estudiaba santo Tomás. El gran doctor usaba lo menos posible de las dispensas a que tenía derecho a causa de sus lecciones y de la composición de numerosas obras. Y no contento con asistir asiduamente al coro, llegaba, antes que los demás y permanecía largamente en él. Cuando se le preguntaba por qué interrumpía su trabajo, respondía: “Renuevo mi devoción para elevarme más fácilmente después a la especulación”.

Esta es la alianza que existe entre la oración y litúrgica y la fecundidad del trabajo intelectual.

Se trasluce otro efecto de la liturgia: ésta acostumbra al religioso a referir todo a una idea central, a reunir los juicios de su inteligencia, las afecciones de su corazón, en una palabra: todos los elementos de su vida intelectual y moral, alrededor de la idea de Jesucristo vivo al que tiene delante, idea que le sirve para ver, comprender, juzgar y amar. Se deriva de ello una magnífica y poderosa unidad. Todo cuanto toca, aun las más pequeñas parcelas de verdad que someta a consideración, quedará animado en un vasto movimiento de pensamiento que desembocará en Dios. Nada estudia sino bajo la luz de Dios, *sub ratione Dei*, en palabras de santo Tomás. Dios por sobre todo: ése es el principio unificante que le proporciona la liturgia; y ocurre que ésta es también exactamente la directiva intelectual que le da la teología tomista, por otro lado. Espíritu tomista y espíritu litúrgico se unen para llevar a quien los sigue a las cimas en que es posible poner orden en las adquisiciones más variadas, jerarquizarlas, ya que se ve todo desde un punto de vista universal, *In Deo, in summo rerum vertice*, según la magnífica expresión de santo Tomás.

Tras lo dicho, podrá parecer inútil a muchos insistir sobre los beneficios que la liturgia aporta al apóstol. Resumiremos con gusto en algunas palabras nuestro pensamiento; la vida activa encuentra en la plegaria liturgia su base más firme.

¿Qué necesita un predicador para su ministerio? ¿La ciencia? Sin duda que sí. Pero una ciencia vivificada y fecundada por la Caridad; pues de por sí la ciencia no hace pasar a la acción y mucho menos lleva al don de sí. Sin la Caridad nunca producirá un apóstol. Ni siquiera basta para producir un contemplativo. La contemplación religiosa, aunque esencialmente resida en la inteligencia, comienza y termina en la voluntad. A partir del amor que se siente por Dios se lo desea conocer; a partir de ese conocimiento, se lo ama más. El amor es el comienzo y el fin, y —por lo menos acá abajo— constituye la perfección última de la vida.

El fraile predicador no se posesionará, pues, plenamente de su vocación sino cuando el conocimiento que tiene de Dios a través del estudio deje de ser abstracto para convertirse

en ciencia viviente y activa, una ciencia que ama y que, en consecuencia, se consagra y se entrega. Pero la Caridad es don de Dios, fuera de nuestro alcance por su propia naturaleza. Se obtiene por la oración, y para nosotros prácticamente por la oración litúrgica, la cual, por eso, se convierte en la más directa y eficaz preparación para el apostolado. Las horas más importantes del apóstol, las más plenas, las más cargadas de futuros beneficios, son las que dedica a asemejarse a Cristo y a capacitarse, en consecuencia, para santificar a las almas. Ahí está la cúspide de su vida.

Por lo demás, ¿no es ya por sí misma la vida litúrgica un medio de apostolado? Nadie se atreverá a negar su inmenso poder de intercesión. Si la simple oración del cristiano es una fuerza, ¿qué decir de la oración de la Iglesia, de la Esposa que implora al Esposo? Ahora bien, cuando está en el coro el religioso es diputado de la Iglesia para ofrecer en su nombre el necesario tributo de la alabanza, es la voz de la Iglesia: su súplica adquiere una eficacia soberana. Como un nuevo Moisés, desarma la cólera de Dios. Cuando, a mitad de la noche, deja su lecho para presentarse en el coro y celebrar los maitines, tiene conciencia de ser acreedor a su título de predicador; también a esa hora distribuye la vida; su plegaria es predicación.

Es además una reparación de los desórdenes de nuestro desdichado tiempo. La ofensa más grave que Dios recibe de parte de los hombres no consiste en las caídas sensuales, sino en la infidelidad y corrupción del espíritu, en la organización de la vida individual y social al margen de Dios. El naturalismo y el racionalismo reposan sobre el menosprecio de Dios. Contra esta doctrina satánica, la vida litúrgica del religioso constituye una protesta incesante, una reparación exacta. Ocupándose preferencialmente de Dios, proclama que Dios está por encima de todo y que debe ser “el primer servido”, según la clara expresión de santa Juana de Arco; confiesa que **Dios es suficientemente atrayente como para cautivar todas las miradas del alma**, lo suficientemente alto como para superar todas las necesidades de verdad que tiene la inteligencia, lo suficientemente bueno como para saciar y desbordar todos los deseos del corazón.

¡Dichoso, pues, el fraile predicador, consagrado por su deber de estado a la liturgia de las horas! ¡Dichosos quienes saben vivir de la liturgia! “Ellos están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su santuario. Y el que está sentado sobre el trono habitará en ellos... El Cordero los apacentará y los conducirá a los manantiales de las aguas de vida” (Ap 7).